



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 3 de enero de 1990

Inicio de la revelación del Espíritu Santo en el Antiguo Testamento.

El nombre "espíritu"

1. En las catequesis dedicadas al Espíritu Santo –Persona y misión– hemos querido ante todo, escuchar *su anuncio y su promesa por parte de Jesús*, especialmente en la Última Cena, releer *la narración que los Hechos de los Apóstoles hacen de su venida*, y volver a examinar los textos del Nuevo Testamento que documentan *la predicación acerca de Él* y la fe en Él en la Iglesia primitiva. Pero en nuestro análisis de los textos nos encontramos muchas veces *con el Antiguo Testamento*. Son los mismos Apóstoles quienes en la primera predicación después de Pentecostés presentan expresamente la venida del Espíritu Santo *como cumplimiento de las promesas y de los anuncios antiguos*, viendo la Antigua Alianza y la historia de Israel como tiempo de preparación para recibir la plenitud de verdad y de gracia que debía traer el Mesías.

Ciertamente, Pentecostés era *un acontecimiento proyectado hacia el futuro*, porque daba inicio al tiempo del Espíritu Santo, que Jesús mismo había señalado como protagonista, junto con el Padre y con el Hijo de la obra de la salvación, destinada a extenderse desde la Cruz a todo el mundo. Sin embargo, para un más completo conocimiento de la revelación del Espíritu Santo, es *preciso remontarse al pasado*, es decir, al Antiguo Testamento, para descubrir allí las señales de la larga preparación al misterio de la Pascua y de Pentecostés.

2. Por lo tanto, deberemos volver a reflexionar acerca de los datos bíblicos referidos al Espíritu Santo y *acerca del proceso de revelación*, que se dibuja progresivamente desde la penumbra del Antiguo Testamento hasta las claras afirmaciones del Nuevo, y se expresa primero dentro de la Creación y luego en la obra de la Redención, primero en la historia y en la profecía de Israel, y

luego en la vida y en la misión de Jesús Mesías, desde el momento de la Encarnación hasta el de la Resurrección.

Entre los datos que conviene examinar se encuentra ante todo *el nombre* con que el Espíritu Santo es insinuado en el Antiguo Testamento, y los diversos significados expresados con este nombre.

Sabemos que en la mentalidad judía el nombre *tiene un gran valor para representar a la persona*. Se puede recordar, a este propósito, la importancia que en el Éxodo y en toda la tradición de Israel se atribuye al modo de nombrar a Dios. Moisés había preguntado al Señor Dios cuál era su nombre. La revelación del nombre se consideraba como manifestación de la persona misma: el nombre sagrado ponía al pueblo en relación con el ser, trascendente pero presente, de Dios mismo (cf. Ex 3, 13-14).

El nombre con el que es insinuado, en el Antiguo Testamento, el Espíritu Santo nos ayudará a comprender sus propiedades, aunque su realidad de Persona divina, de la misma naturaleza que el Padre y el Hijo, se nos da a conocer sólo en la revelación del Nuevo Testamento. Podemos pensar que el término *fue elegido con esmero por los autores sagrados*; es más, que el mismo Espíritu Santo, quien los inspiró, guió el proceso conceptual y literario que ya en el Antiguo Testamento hizo elaborar una expresión adecuada para significar su Persona.

3. En la Biblia, el término hebreo que designa al Espíritu Santo es *ruah*. El primer sentido de este término, así como de su traducción latina "spiritus", es "soplo", aliento, respiración. En español se puede aún observar el parentesco entre "*espíritu*" y "*respiración*". El aliento es la realidad más inmaterial que percibimos; no se ve, es sutilísimo; no es posible aferrarlo con las manos; parece que no es nada, pero tiene una importancia vital: quien no respira no puede vivir. Entre un hombre vivo y un hombre muerto sólo existe esta diferencia: que *el primero respira y el otro ya no*. La vida viene de Dios: el aliento, por tanto, viene de Dios, que lo puede también retirar (cf. Sal 103/104, 29-30). De estas observaciones sobre el aliento se llegó a comprender que la vida, depende de un principio espiritual, que fue llamado con la misma palabra hebrea *ruah*.

El aliento del hombre está en relación con *un soplo externo mucho más potente, el soplo del viento*.

El hebreo *ruah*, como el latino "spiritus", designa también el soplo del viento. Nadie ve el viento, pero sus efectos son impresionantes. El viento empuja las nubes, agita los árboles. Cuando es violento, entumece las olas y puede echar a pique las naves (Sal 107/106, 25-27). A los antiguos el viento les parecía un poder misterioso que Dios tenía a su disposición (Sal 104/103, 3-4). *Se le podía llamar el "soplo de Dios"*.

En el libro del Éxodo, una narración en prosa dice: "El Señor hizo soplar durante toda la noche un

fuerte viento del Este, que secó el mar, y se dividieron las aguas. Los israelitas entraron en medio del mar a pie enjuto...” (Ex 14, 21-22). En el capítulo siguiente, los mismos acontecimientos son descritos en forma poética y entonces el soplo del viento del Este es llamado “el soplo de la ira de Dios”. Dirigiéndose a Dios, el poeta dice: “Al *soplo de tu ira* se apiñaron las aguas... Mandaste *tu soplo*, cubriolos el mar” (Ex 15, 8. 10). Así se expresa de modo muy sugestivo la convicción de que *el viento* fue, en estas circunstancias, *el instrumento de Dios*.

De las observaciones que acabamos de hacer sobre el viento invisible y potente, se llegó a concebir *la existencia del “espíritu de Dios”*. En los textos del Antiguo Testamento, se pasa fácilmente de un significado al otro, e incluso en el Nuevo Testamento vemos que los dos significados se hallan presentes. Para hacer que Nicodemo entendiera el modo de actuar del Espíritu Santo, Jesús hace uso de la comparación del viento y se sirve del mismo término para designar tanto el uno como el otro: “El *viento* sopla donde quiere..., así es todo el que nace del *Espíritu*”, es decir del Espíritu Santo (Jn 3, 8).

4. La idea fundamental que expresa el nombre bíblico del Espíritu no es, por tanto, la de un poder intelectual, sino la de un *impulso dinámico, comparable al impulso del viento*. En la Biblia, la primera función del Espíritu no es la de hacer entender, sino la de poner en movimiento; no la de iluminar, sino la de comunicar un dinamismo.

Sin embargo, este aspecto no es exclusivo. También se expresan otros aspectos que preparan la revelación sucesiva. Ante todo, *el aspecto de interioridad*. El *aliento*, en efecto, entra *al interior* del hombre. En lenguaje bíblico, esta constatación se puede expresar diciendo que Dios infunde el *espíritu* en los *corazones* (cf. Ez 36, 26; Rm 5, 5). Al ser tan sutil, el aire penetra no sólo en nuestro organismo, sino también en todos los espacios e intersticios; esto ayuda a entender que “el Espíritu del Señor llena la tierra” (Sb 1, 7) y que “penetra”, en especial, “todos los espíritus” (7, 23), como dice el *libro de la Sabiduría*.

Con el aspecto de la interioridad está ligado *el aspecto del conocimiento*. “¿Qué hombre conoce lo íntimo del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él?” (1 Co 2, 11). Sólo nuestro espíritu conoce nuestras reacciones íntimas, nuestros pensamientos aún no comunicados a los demás. De modo análogo, y con mayor razón, *el Espíritu del Señor*, que está presente en el interior de todos los seres del universo, *conoce todo desde dentro* (cf. Sb 1, 7). Más aún, “el Espíritu todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios... Nadie conoce lo íntimo de Dios, sino el Espíritu de Dios” (1 Co 2, 10-11).

5. Cuando se trata de conocimiento y de comunicación entre las personas, el *soplo* tiene una conexión natural con la *palabra*. En efecto, para hablar hacemos uso de nuestro soplo. Las cuerdas vocales hacen vibrar nuestro soplo, el cual transmite así los sonidos de las palabras. Inspirándose en este hecho, la Biblia establecía un paralelismo entre la palabra y el soplo (cf. Is 11, 4), o entre la palabra y el espíritu. Gracias al soplo, la palabra se propaga; del soplo la palabra

toma fuerza y dinamismo. El *Salmo 32/33* aplica este paralelismo al acontecimiento primordial de la Creación y dice: “Por la palabra de Yahveh fueron hechos los cielos, por el soplo de su boca toda su mesnada...” (v. 6).

En textos semejantes, podemos vislumbrar una lejana preparación de la revelación cristiana del misterio de la Santísima Trinidad: Dios Padre es principio de la Creación; Él la ha realizado mediante su Palabra, es decir, mediante su Verbo e Hijo, y mediante su Soplo, el Espíritu Santo.

6. La multiplicidad de los significados del término hebreo *ruah*, usado en la Biblia para designar al Espíritu, parece engendrar una cierta confusión: efectivamente, en un determinado texto, con frecuencia no es posible definir el sentido preciso de la palabra: se puede dudar entre viento y respiración, entre aliento y espíritu, entre espíritu creado y Espíritu divino.

Esta multiplicidad, sin embargo, *es ante todo una riqueza*, porque pone muchas realidades en comunicación fecunda. Aquí conviene renunciar, en parte, a las pretensiones de una racionalidad preocupada por la precisión, para abrirse a perspectivas más anchas. Nos ha de resultar útil, cuando pensamos en el Espíritu Santo, tener presente que su nombre bíblico significa “soplo” y tiene relación con el soplo potente del viento y con el soplo íntimo de nuestra respiración. En vez de atenernos a un concepto demasiado intelectual y árido, encontraremos provecho al acoger esta riqueza de imágenes y de hechos. Las traducciones, por desgracia, no pueden transmitírnosla en su totalidad, porque se encuentran con frecuencia forzadas a elegir otros términos. Para traducir la palabra hebrea *ruah*, la versión griega de los Setenta usa 24 términos diversos y por consiguiente no permite captar todas las conexiones que se hallan entre los textos de la Biblia hebrea.

7. Como conclusión de este análisis terminológico de los textos del Antiguo Testamento sobre el *ruah*, podemos decir que de ellos el soplo de Dios aparece como *la fuerza que hace vivir a las creaturas*. Aparece como *una realidad íntima a Dios, que obra en la intimidad del hombre*. Aparece como *una manifestación del dinamismo de Dios* que se comunica a las creaturas.

Aún sin ser aún concebido como Persona *distinta*, en el ámbito del ser divino, el “soplo” o “Espíritu”, de Dios se distingue en cierto modo de Dios que lo manda para obrar en las creaturas. Así, incluso bajo el aspecto literario, la mente humana queda preparada para recibir la revelación de la Persona del Espíritu Santo, que aparecerá como expresión de la vida íntima de Dios y de su omnipotencia.

Saludos

Junto con mis mejores deseos para el Año que comienza, saludo ahora muy cordialmente a todos los peregrinos y visitantes de lengua española.

Mis primeras palabras de afectuosa bienvenida deseo dedicarlas a los sacerdotes, religiosos y religiosas aquí presentes, a quienes aliento a renovar su generosa entrega a las tareas ministeriales y apostólicas. Igualmente, a las jóvenes del Movimiento Regnum Christi y al grupo de estudiantes de las Academias de Overbrook (Dallas) y de Dal Riada (Dublín).

A todos imparto de corazón la bendición apostólica.